



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Paz en la Tierra: ¿esperanza aún válida?

Autor: Nelson, J. Robert

Forma sugerida de citar: Nelson, J. R. (1995). Paz en la Tierra: ¿esperanza aún válida?. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 190-197.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin Derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PAZ EN LA TIERRA: ¿ESPERANZA AÚN VÁLIDA?

Por J. Robert NELSON
INSTITUTE OF RELIGION,
TEXAS MEDICAL CENTER

I. Celebraciones ambiguas de la paz

PAZ EN LA TIERRA. *Pax vobiscum. Shalom. Salaam. Pace. Mir. Friede. Paix.* En mil lenguajes éstas son palabras de honor, aspiraciones y esperanza. Durante esta sesión de 1995 estamos celebrando los notables aniversarios de acontecimientos pasados que epitomizan nuestra aspiración a la paz sobre la tierra. Cincuenta años desde la victoria aliada en Europa: nuestro *V. E. Day*, también llamado en Rusia la victoria de la Gran Guerra Patriótica. Cincuenta años, debemos enseguida observar, desde que el Sol Levante de Japón fue eclipsado por las explosiones atómicas, que dejaron una suerte de paz radiactiva sobre las ciudades borradas y la nación prostrada.

Ahora, después de cincuenta años, no nos atrevemos a minimizar el sentido de alivio y regocijo, de liberación y agradecimiento, sentido por todos los que recordamos 1945. Aún nos alegramos que las tiranías y los terrores del fascismo y del nacionalsocialismo fueran detenidos por millones de defensores de la libertad, tantos de los cuales perdieron la vida. Las celebraciones también han devuelto a una más clara memoria no sólo los triunfos sino también los horrores del terror militar, la carnicería y las matanzas masivas. Hay películas, a menudo en televisión, que nos recuerdan escenas de masacre genocida en los campos de exterminio y de esqueletos vivientes que les sobrevivieron. Nos estremecemos al ver ante nuestros ojos los incineradores de Dachau y Auschwitz; y también nos estremecemos con la memoria de los habitantes incinerados de Dresde, Hamburgo, Rotterdam, Londres, Coventry, Hiroshima y Tokio, así como los cementerios urbanos de Varsovia, Leningrado y Estalingrado.

Existe ciertamente una buena razón para honrar a todos los hombres y mujeres, militares y civiles, que pelearon contra esta diabólica tiranía. Hay justificación para las banderas, discursos, desfiles y juramentos floridos depositados solemnemente sobre las tumbas de los soldados desconocidos. Pero cuando celebramos el sacrificio de sus vidas hace cincuenta años, no podemos evitar recordar algunos otros acontecimientos desastrosos de nuestra historia común en este siglo que se va. Ochenta años después del genocidio armenio en Turquía. Veinticinco años desde el trágico bombardeo, incendio y matanza en Vietnam, y, demasiado recientemente para una celebración aniversaria, las masacres genocidas en Camboya, en Ruanda; y ahora la guerra incesante en las ciudades y montañas balcánicas, que desafían la pacificación tanto como nuestra comprensión. Por lo tanto, cuando hablamos seriamente de paz hoy día, debemos de alguna manera subrayar el hecho que durante estos cien años las vidas de cien millones de personas han acabado brutalmente a voluntad de sus enemigos y torturadores. Cien millones de fantasmas nos están cuestionando si "paz en la tierra" sigue siendo una visión y esperanza válida.

II. Paz, orden y violencia

LA distinción categorial entre guerra y paz no fue al principio percibida por el conde Lev Tolstoi; pero el título de su gran novela ha grabado aquellas alternativas sobre las mentes de hombres y mujeres educados. ¿Es esta antítesis entre guerra y paz lo más cierto en la experiencia e historia humanas? En épocas de conflicto militar real parece que sí. En estas épocas, se piensa que la paz es simplemente el cese de la lucha. Los fusiles y las sirenas de incursiones aéreas se callan. Este concepto de paz es puramente negativo. Es no-guerra. Pero la paz debería ser entendida positiva, no negativamente. Es la relación tolerablemente civilizada, no beligerante entre las naciones, y entre las personas dentro de las naciones, donde la dignidad humana individual, la libertad humana y la vida humana son plenamente respetadas, y donde son defendidas por gobiernos empeñados en la justicia para toda la gente bajo las leyes.

En la Sociedad Europea de Cultura hemos hablado a menudo, durante años, de nuestro compromiso con "una paz que no tenga a la guerra como alternativa". Se trata de una finalidad encomiable, por supuesto. No es una tautología, porque implica que la paz que deseamos no es meramente la "no guerra". Una no-guerra

es por cierto mejor que la guerra; pero una no-guerra puede ser sólo una tregua temporal. Es un cese de la acción militar entre los vencedores y los vencidos. Los vencedores gobiernan. Han sido, y siguen siendo, Estados nación que, aunque no están en guerra, no gozan de una verdadera paz con otras naciones; tampoco gozan de un estado tolerable de paz entre sus propios ciudadanos. En este siglo hemos visto muchos ejemplos de naciones totalitarias, dictatoriales, que de hecho no estaban en guerra con otras. Mantenían una paz precaria, tentativa y falsa. Como la "guerra fría" que amenazó convertirse en "caliente", así ha habido épocas de "paz fría" que con provocación pudieron degenerar en conflicto militar y violencia general. Por contraste, el venerable fundador de la Sociedad Europea de Cultura, Umberto Campagnolo, estaba comprometido (según sus propias palabras) "en una paz que no sea una tregua entre dos guerras". Es el mismo fin que las Iglesias ecuménicas proclamaban hace cincuenta años: una paz justa y durable.

Por cierto, ¿no es obvio que la *violencia* es el problema primario de las sociedades humanas en todas las generaciones y lugares? Las guerras son terribles. Pueden ser justificadas como una trágica pero a menudo heroica resistencia a la agresión y la tiranía. Pero las guerras raras veces estallan a no ser por dimensiones masivas de violencia. Es la porción existente de violencia a través del mundo lo que nos exige cuestionarnos si una verdadera paz sobre la tierra es aún una esperanza válida. En la saga bíblica, antes del Diluvio Universal, Dios vio que "la tierra estaba llena de violencia". Decidió que todos los seres humanos excepto Noé y su familia merecían ser destruidos. Después del Diluvio, Dios prometió a Noé que nunca más habría una aniquilación semejante de la humanidad. Éste fue el pacto universal de Dios. Pero debemos preguntarnos seriamente, ¿hay relativamente menos violencia en la tierra que antes del Diluvio? La respuesta la señala el flujo constante de noticias periodísticas y televisivas. La exposición a la violenta conducta del mundo es una experiencia diaria, a veces horaria. De este modo todos estamos no sólo informados sino que quedamos emocionalmente involucrados. Estamos de tal forma interconectados e informados globalmente que sólo debería mencionar a la gente, naciones y lugares donde la violencia extrema ha estado amenazando los fundamentos mismos de las sociedades civiles.

Déjenme hablar objetiva y patrióticamente de mi país. Hay muchos motivos de ansiedad por la escalada de violencia. Esto significa tanto actitudes violentas como conducta. En los Estados Unidos

hay una historia romántica del *cowboy* y el renegado criminal portadores de pistola. Centenares de películas han perpetuado este escenario romántico. Pero hoy esas escenas románticas se han convertido en la sangrienta realidad. Dos de las cuestiones políticas más vigorosamente debatidas son, primero, el aborto, y segundo las leyes para controlar armas portátiles, rifles automáticos y armas de asalto. Quienes de nosotros apoyan el control legal de las armas estamos en desventaja. Se ha aprobado una ley justo este mes en mi famoso estado de Texas. Permite a los ciudadanos, por primera vez desde 1872, llevar armas escondidas en su ropa y coches, aunque sujetos a ciertas condiciones. En muchas ciudades, se ha hecho necesario instalar detectores electrónicos para evitar que los jóvenes estudiantes lleven revólveres a las clases. Aún no es una práctica generalizada, pero sí creciente. ¿Por qué? Porque el homicidio por medios violentos se ha convertido en la causa primaria de muerte entre los jóvenes, especialmente los negros, por debajo de los veinticinco años. Estrechamente relacionada con semejante violencia está el tráfico ilegal de drogas y el creciente poder de las bandas organizadas, que promueven una suerte de guerra de guerrillas con la policía. Para ilustrar la dimensión de nuestro problema de violencia y crimen: un millón de estadounidenses están encerrados en la cárcel. Pero esto no soluciona el problema. La violencia continúa.

El terrorismo es un problema nuevo en Estados Unidos. Hemos conocido acciones terroristas en otros países distantes, como Irlanda, Sri Lanka, el Medio Oriente y el norte de África. Pero, como se acostumbraba decir con el ascenso del fascismo, "no puede pasar aquí". ¡Somos una democracia, comprometida con la ley y el orden! Sin embargo, esta ilusión de inmunidad fue deshecha el año pasado cuando terroristas de Egipto estallaron devastadores coches-bomba en la ciudad de Nueva York. Por lo tanto, la explosión de la catastrófica bomba de este año en Oklahoma City hizo que inmediatamente anuncios oficiales y periodísticos afirmaran que los culpables debían de ser revolucionarios islámicos. Al día siguiente, sin embargo, supimos que este acto de terrorismo fue "hecho en Estados Unidos por estadounidenses". Repentinamente supimos que muchos grupos armados, como milicias privadas, están organizados para amenazar al gobierno nacional; y la población está seriamente dividida sobre esta violenta amenaza potencial a la seguridad pública. Por cierto, como una evidencia simbólica de nuestro miedo a la violencia, la gran Pennsylvania Avenue que pasa por la Casa Blanca en Washington ha sido, por primera vez en

doscientos años, firmemente cerrada al tráfico. Como el presidente Clinton exclamó, cuando anunció el cierre de esta histórica avenida: "¡Hay tanto odio en la tierra!". Y todos reconocemos que es el árbol del odio que lleva el fruto de la violencia, que envenena el cuerpo de la sociedad humana.

Confío en que nuestros amigos de Europa no hallen ocasión para encontrar en mis bosquejos descriptivos un sentido de *Schadenfreude* sobre los Estados Unidos (no hay palabra para esto en inglés). Como personas bien informadas de cultura y educación, todos sabemos que las evidencias anecdóticas de violencia y odio pueden ser comparadas por otras paralelas en veinte o más naciones hoy día. Del mismo modo, sabemos que palabras generales como "violencia" y "odio" por sí mismas no explican los males de cabeza de hidra que afligen a todas las naciones y pueblos. Hay muchos factores reconocidos que causan y perpetúan las hostilidades entre las naciones, entre las comunidades étnicas, entre las clases económicas, entre pueblos de ideologías y convicciones políticas encontradas, entre comunidades religiosas, etc. En la medida de lo posible, quienes nos preocupamos con los megaproblemas globales debemos de alguna manera ser lo suficientemente sabios como para considerar a todos estos problemas complejos en sus interconexiones.

A riesgo de simplificación indebida, sin embargo, debo enfatizar la importancia y gravedad de los problemas universales del odio y la violencia en las muchas formas y expresiones que asumen. ¿Cuáles son sus fuentes? ¿Qué causa la persistente desconfianza, disgusto y violencia agresiva entre ciertas poblaciones étnicas, raciales, lingüísticas y nacionales? Todos sabemos que interminablemente se discuten muchas razones, como la geografía, la economía, la xenofobia, el expansionismo imperial, las religiones y las memorias de los conflictos y ultrajes pasados en violentas historias. Sí, todos sabemos de estos factores; y estamos de acuerdo que todos ellos tienen alguna validez. Pero ¿hay alguna causa más profunda, más básica de beligerancia? Algunos filósofos y antropólogos, desde Thomas Hobbes a Konrad Lorenz, han enseñado que la violencia y la brutalidad son inherentes a la naturaleza humana misma: que son naturales del mismo modo que el hambre y, la sexualidad. Sin embargo, si una tal apreciación nihilista, cínica, de la bestialidad y depravación humana fuera real, todo nuestro discurso sobre realizar y mantener la paz carecería de sentido. En efecto, la violencia y la guerra serían la condición normal de la humanidad, y el compor-

tamiento civilizado innatural y anormal. Pese a tanta evidencia en favor de este punto de vista pesimista, no lo puedo aceptar.

¿Es posible, imaginamos, que todos los poderes reconocidos del mal, que amenazan la paz, puedan ser mitigados, disminuidos, derrotados? ¿Pueden ser *completamente* derrotados, de manera de permitir a pueblos y naciones gozar de una sociedad plenamente apacible? No, esto es un ideal utópico. Es un optimismo basado en la ilusión de la pura bondad humana y el triunfo de la racionalidad desinteresada. ¿Pero debemos por lo tanto abandonar nuestra aspiración por el orden y la paz y aceptar la cosmovisión nihilista que el desorden y la violencia están destinados a crecer? No, no necesitamos ser tan plenamente pesimistas. Nuestra opción de credo filosófico no es simplemente entre ilusión utópica y desesperación sin ilusiones. Hay un camino intermedio entre estos dos extremos, pero el precio de mantener el orden y luchar por la paz es el máximo de sentido común, buena voluntad y coraje moral que nosotros seres humanos somos capaces de dar.

III. Creer en la paz; actuar por la paz

ESTE verano se celebra otro quincuagésimo aniversario: el de la Organización de las Naciones Unidas. Es para mérito de la especie humana que este instrumento de paz haya sido construido al mismo tiempo en que las naciones estaban involucradas en un combate global, y que naciones que eran enemigas pudieran convertirse en miembros más tarde. En 1945 las Naciones Unidas fueron invocadas como "la última, la mejor esperanza de la humanidad". Después de medio siglo, es evidente que las esperanzas de los optimistas fueron excesivas; que hubo causas de decepción en las Naciones Unidas como hacedoras y como mantenedoras de la paz. Quizás la gente ha esperado demasiado del Consejo de Seguridad, de la Asamblea General, de las burocracias y de muchas agencias especializadas. Son tan imperfectas como todas las naciones y los seres humanos mismos son imperfectos. Deploramos especialmente los esfuerzos frustrados, confusos, de las Naciones Unidas en Somalia, los Balcanes y Ruanda. Sin embargo, estas apreciaciones negativas quedan compensadas por la apreciable existencia del cuerpo internacional, sin el cual la violencia y el caos del mundo serían ciertamente peores. Las Naciones Unidas siguen siendo nuestra causa para la esperanza.

Más aún, las Naciones Unidas son el prototipo y el aliado de literalmente cientos de organizaciones internacionales que permiten a

un número incontable de gentes trabajar para causas comunes más allá de sus propias nacionalidades, comunidades étnicas, ideologías políticas e intereses económicos, y más allá de sus compromisos religiosos. Incluso empezar a identificar estas numerosas organizaciones no es inútil. Como un ejercicio de imaginación, podemos ver la Tierra como sería vista por un cosmonauta o un satélite espacial, que notara innumerables hilos o cables que tejen una telaraña en torno al planeta. Estas organizaciones y agencias internacionales están conectadas no sólo por una comunicación instantánea verbal y visual, sino también por asociaciones personales y de trabajo. Suministran miles de ocasiones cada día para que gente de diferentes nacionalidades y lealtades se encuentren cara a cara. Se encuentran no como oponentes hostiles, sino como participantes responsables en busca de entendimiento y cooperación mutuos. Nuestro encuentro hoy en Budapest es un ejemplo importante de estos innumerables encuentros pacíficos.

Hay muchas diferentes finalidades que llevan a estas iniciativas internacionales e interculturales. Muy influyente entre ellas es la religión. El poder de las creencias y costumbres religiosas a menudo determina si las relaciones entre naciones y pueblos van a ser amigables u hostiles, cooperativas o belicosas. Aquí, una vez más, hay mucha ambigüedad, tanto en el recuerdo histórico como en los acontecimientos contemporáneos. Las enseñanzas religiosas incluyen las más altas aspiraciones de ayuda humanitaria, la reducción del militarismo y el ejercicio tanto de la justicia como de la compasión para todo tipo de gente. Contrariamente a esas enseñanzas, sin embargo, la gente ha usado el fervor religioso para los fines opuestos de discriminación, persecución y ruptura social. Es una contradicción penosa de sus principios religiosos que los hindúes y los musulmanes peleen en la India, que judíos y musulmanes se maten unos a otros en Israel, que los bahutu y los batutsi hagan de sus iglesias mataderos, que budistas en Sri Lanka se hagan terroristas, que católicos y ortodoxos serbios luchen en los Balcanes entre ellos y contra los musulmanes, y que nuevos grupos religiosos sectarios cometan asesinatos en Suiza y Estados Unidos, y lancen gas nervioso venenoso en los subterráneos de Tokio. Más aún, en la antigua Unión Soviética, después de décadas de ateísmo oficial, hay un caos de rivalidades y proselitismo. No, no podemos alardear de la influencia pacificadora de la gente de religión.

Sin embargo, pese a todos estos datos negativos, hay mucha evidencia positiva de que los dirigentes y comunidades religiosos están

ahora intentando ser pacificadores como nunca antes en la historia. En Sudáfrica, Nelson Mandela, Frederik De Klerk y el arzobispo Desmond Tutu han encabezado la acción de paz bajo las más difíciles condiciones. Más de trescientas cincuenta Iglesias miembros del Consejo Mundial de Iglesias están comprometidas en luchar por "la justicia, la paz y la integridad de la creación". La reciente encíclica del papa Juan Pablo II, *Ut unum sint* es un nuevo llamado para la unidad cristiana; es la última etapa de convergencia de las Iglesias católicas, ortodoxas y protestantes en este "siglo de ecumenismo". La trágica, deplorable historia del antisemitismo parece estar terminando, después de los monstruosos costos que han sido pagados por los judíos. Y los diálogos interreligiosos entre cristianos y musulmanes están comenzando a mostrar resultados pacíficos. Como el teólogo suizo Hans Kung declara vigorosamente: "No hay paz sin paz religiosa". Porque es en los profundos vislumbres de las religiones que las fuentes del odio y la violencia quedan expuestos como males. Y es también en estos vislumbres de fe que se hallan las más fuertes motivaciones para el respeto de toda vida humana, para la justicia y la paz.

Traducción de Hernán G. H. Taboada